

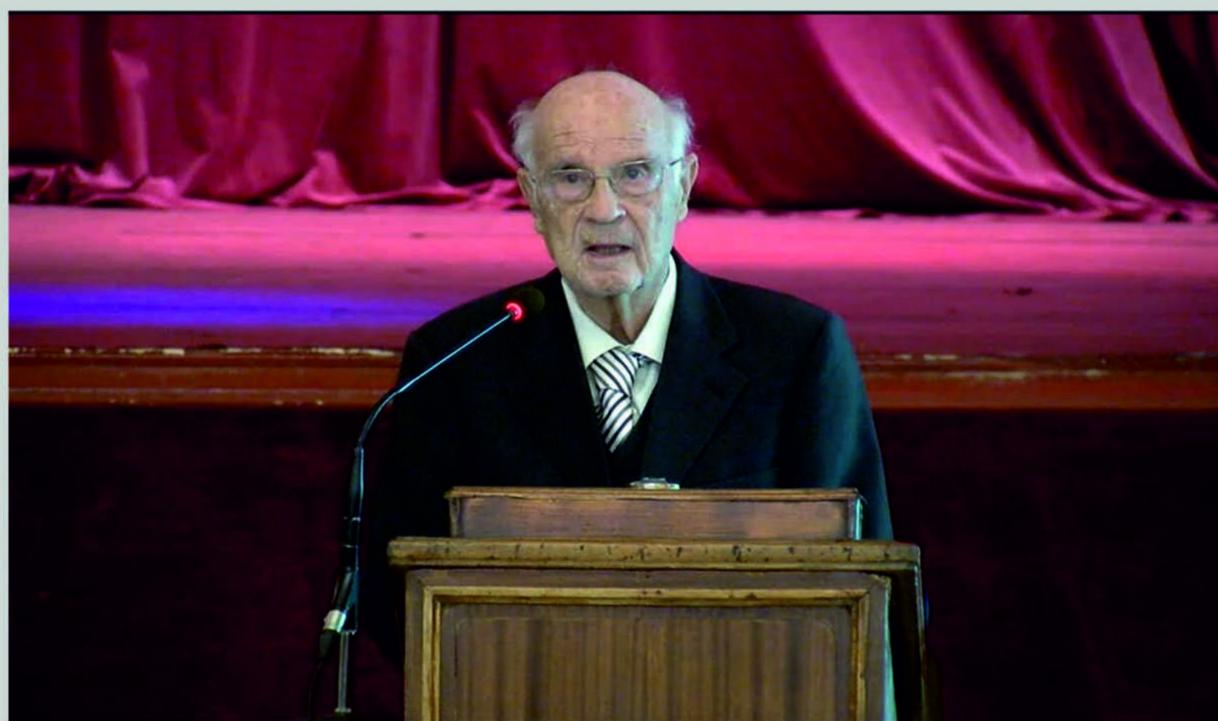
REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
RAFAEL CASTEJÓN

III

MÉDICOS CORDOBESES
DE AYER Y DE HOY

MÉDICOS CORDOBESES DE AYER Y DE HOY



ÁNGEL FERNÁNDEZ DUEÑAS
MANUEL CASAL ROMÁN
ROSA LUQUE REYES

Coordinadores

Á. FERNÁNDEZ
M. CASAL
R. LUQUE
Coordinadores



2018

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

**ÁNGEL FERNÁNDEZ DUEÑAS
MANUEL CASAL ROMÁN
ROSA LUQUE REYES**
Coordinadores

**MÉDICOS CORDOBESES
DE AYER Y DE HOY**

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

2018

MÉDICOS CORDOBESES DE AYER Y DE HOY
(Colección *Rafael Castejón III*)

Coordinadores científicos:

Ángel Fernández Dueñas, académico numerario

Manuel Casal Román, académico numerario

Coordinadora editorial:

Rosa Luque Reyes, académica correspondiente

Portada:

Arriba, fotografía del monumento a al-Gāfiqī dedicado al célebre oculista por la ciudad de Córdoba.

Debajo, Juan del Rey Calero en un acto de la Real Academia de Córdoba.

© De esta edición: Real Academia de Córdoba

© Los autores del libro

ISBN: 978-84-120060-1-8

Dep. Legal: CO 2305-2018

Impreso en Litopress. Edicioneslitopress.com. Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

**EL LICENCIADO ENRIQUE VACA DE ALFARO,
APROXIMACIÓN A LA VIDA Y OBRA DEL
MÉDICO Y POETA CORDOBÉS
(1590?-1620)**

PEDRO PABLO HERRERA MESA
Académico Correspondiente

Apuntes biográficos

La primera dificultad que se nos presentó al analizar la biografía de este médico cordobés fue no confundirlo con su nieto del mismo nombre, pues ambos ejercieron la medicina y desarrollaron una gran labor intelectual. Los datos que nos sirvieron para distinguirlos fueron varios: en primer lugar el nieto llegó a alcanzar el doctorado, por lo que siempre que es citado el grado de doctor precede a su nombre y el de licenciado a su abuelo. Otro rasgo identificador ha sido la temática de sus obras, ya que el joven Vaca de Alfaro se centró más en la investigación histórica, en especial en la biografía de importantes personajes, además de practicar también la medicina y la poesía. Y por supuesto otro dato diferenciador fue la fecha de realización de sus respectivas obras.

Centrándonos en el personaje que nos ocupa el licenciado Enrique Vaca de Alfaro, hemos seguido varias fuentes, principalmente a Pablo García Fernández, antiguo miembro de la Real Academia de Córdoba, que en 1925 dedicó un estudio a nuestro protagonista publicado en el *Boletín* de dicha institución.

También nos han proporcionado bastantes datos, como más adelante observaremos: Rafael Ramírez de Arellano, Hernández Morejón, Valdenebro y Cisneros... además de algunas fuentes originarias.

El origen de los primeros Vaca de Alfaro en la ciudad de Córdoba se remonta a finales de la centuria del cuatrocientos, ya que colaboraron en la conquista de Granada con los Reyes Católicos. Se sucedieron varias generaciones de familias cultas hasta llegar a su padre, el también licenciado en Cirugía Juan Fernández de Alfaro, que casó con la sevillana María Evia y Vaca, de cuyo matrimonio nació el protagonista de este estudio, que alteró el orden de los apellidos, costumbre común en aquella época.

Desconocemos exactamente la fecha de su nacimiento por haber desaparecido la partida de bautismo. Para unos investigadores fue en 1590, para otros en 1592. Con toda probabilidad fue bautizado en la

parroquia de Santa Marina, ya que todos sus ascendientes, incluidos sus padres, tenían en dicho templo enterramiento propio en una hornacina del muro del Evangelio, hoy desaparecida por las continuas obras.



Parroquia cordobesa de Santa Marina, donde posiblemente fue bautizado Enrique Vaca de Alfaro.

Hernández Morejón nos suministra el texto de un epitafio que allí había:

Aquí yace Benito López de Alfaro, que sirvió a los Reyes Católicos en la conquista del reino de Granada, nieto sexto de Ramón de Alfaro que también se halló en la toma de Baeza, año de 1227. También están sepultados Alonso de Alfaro, hijo de Benito López de Alfaro y el licenciado Juan de Alfaro, insigne cirujano y doña María Evia, su mujer¹.

Además poseemos el testimonio de su hijo el boticario Francisco de Alfaro, que iniciaba así su testamento: “Yo Francisco de Alfaro, boticario, hijo legítimo que soy del licenciado Enrique Vaca de Alfaro,

¹ HERNÁNDEZ MOREJÓN, A.: *Historia bibliográfica de la Medicina Española*. Real Academia de la Historia. Madrid, 1950, vol. VI.

médico y familiar del Santo Oficio que fue de esta ciudad y de doña María Díaz (...)", y en una de sus mandas ordenaba: "(...) Cuando la voluntad de Dios fuese cumplida, mando que mi cuerpo sea sepultado en la iglesia parroquial de Santa Marina, donde están Juan Fernández de Alfaro y D^a María de Evia, mis abuelos (...)”².

El licenciado Enrique Vaca de Alfaro casó dos veces: la primera con María Díaz Recio, de la que tuvo un hijo, el ya citado boticario Francisco de Alfaro; y en segundas nupcias en 1618, cuya partida de matrimonio dice así:

En 9 de agosto de 1618, precedidas de las moniciones en la Catedral y San Andrés, se casó en la Catedral el licenciado Enrique Vaca de Alfaro, hijo del licenciado Juan Fernández de Almagro y de D^a María de Evia, con D^a Andrea de Vergara, hija de D. Alfonso de Vergara y D^a María de Avendaño, todos naturales de Córdoba.

Matrimonio que solo duró dos años, ya que nuestro protagonista falleció muy joven, cuando apenas tenía 30 años, en 1620 en Sevilla, en la calle del Pozo Santo, siendo enterrado en la parroquia de San Andrés de la ciudad hispalense³.



Parroquia de San Andrés de Sevilla, donde el licenciado Vaca de Alfaro fue enterrado.

² RAMÍREZ DE ARELLANO, R.: *Ensayo de un catálogo biográfico de escritores de la provincia y diócesis de Córdoba con descripción de sus obras*. Madrid, 1922, t. II, p. 674.

³ *Ibid.*, p. 672.

Conocemos que en 1604 se encontraba estudiando Humanidades y Arte en la ciudad de Córdoba. Aunque no poseemos pruebas documentales, no nos es difícil suponer que fuera en el colegio de Santa Catalina, regentado por los jesuitas, investigadores de distintas ramas científicas, entre ellas la Medicina.

Marchó después a Alcalá de Henares, donde se licenció en Medicina, siendo compañero del también cordobés el doctor Gonzalo del Mamo, y ambos discípulos del catedrático el doctor Pedro García Carrero, médico de los reyes Felipe III y Felipe IV y autor de un tratado sobre sangrías, además de practicar la poesía.

Una vez graduado se trasladó a Córdoba y después a Sevilla, donde realizó las preceptivas prácticas bajo la dirección del reputado doctor Andrés Hurtado de Tapia, médico del arzobispo. Aunque tuvo mucha relación con Sevilla, su residencia oficial la fijó en Córdoba, donde además fue nombrado médico familiar del Santo Oficio⁴.

Ramírez de Arellano nos aporta la noticia de que el licenciado Enrique Vaca de Alfaro el 13 de mayo de 1616 se desplazó a la localidad de Martos para actuar como testigo ante una requisitoria del rector del Colegio Mayor de la ciudad de Sevilla, para justificar la asistencia a un curso de cánones y leyes por parte de Ginés Hidalgo de Valdelaguna. En dicho acto Vaca de Alfaro justificó que el demandado había sido condiscípulo suyo en Córdoba en la disciplina de Artes; además declaró que cuando él se fue a Sevilla en 1606 para estudiar Medicina en la universidad de Maese Rodrigo, vio también a Ginés Hidalgo matricularse en las facultades de Cánones y Leyes y realizar todo el curso, ya que ambos vivían juntos⁵.

Como resumen de este apartado, al licenciado Enrique Vaca de Alfaro lo podemos considerar como el prototipo de intelectual de su época: un erudito relacionado con las distintas parcelas de la cultura. Principalmente con la de su profesión: la Medicina. Pero también, como analizaremos más adelante, estuvo muy relacionado con los ambientes intelectuales del momento, destacando sobre todo en el campo literario, principalmente el de la poesía.

⁴ GARCÍA FERNÁNDEZ, P.: *Op.cit.*, pp. 27-28.

⁵ RAMÍREZ DE ARELLANO, R.: *Op.cit.*, p. 674.

El licenciado médico Enrique Vaca de Alfaro

Como ya hemos expuesto, nuestro licenciado fue un aventajado alumno de eminentes y reputados doctores, cuya formación unida a una decidida vocación, convirtió a este personaje en un prestigioso médico, tanto en el ejercicio práctico de la medicina como en la investigación.

En este aspecto estaba al día de todos los estudios médicos realizados hasta el momento, dentro lógicamente de los limitados avances de la medicina de principios del siglo XVII.

Así en 1616 realizó una crítica positiva a la obra de Martín de Andosilla titulada *Libro en que se prueba con claridad el mal que corre por España, ser nuevo y nunca visto: su naturaleza, causas, pronósticos, curación y la providencia que se debe tomar con él, con muchas dificultades y cosas nuevas*.

Desconocemos los argumentos positivos de dicha obra por parte de Vaca de Alfaro; sí conocemos la crítica realizada por el ilustrado Hernández Morejón, médico e historiador que vivió a caballo entre los siglos XVIII y XIX. Dicho autor exponía que “el mal nuevo y nunca visto” no era otra cosa que la epidemia de peste *bubonaria* (sic), que asoló España entre 1596 y 1602. Sin embargo para Martín de Andosilla, aunque participaba de algunas de sus características, a su juicio era una enfermedad de tipo humoral y rechazaba los métodos evacuantes, proporcionando como antídotos una larga lista de remedios⁶.

Pero fue en 1618 cuando el licenciado Vaca de Alfaro publicó su más conocida obra de cirugía, editada en Sevilla por Gabriel Ramos Bejarano en la calle Génova número 4. Su prolongado título era: *Proposición Chirúrgica y censura judiciosa en las dos vías curativas de heridas de cabeza común y particular y elección de esta*. Además completaba el estudio con dos epístolas. La primera titulada: “De la naturaleza y definición del tumor preternatural”, dedicada al doctor Hurtado de Tapia. Y la segunda llevaba el título: “De la patria y origen de Avicena médico, y otros doctores árabes”, esta en honor del doctor Alonso Draper de Valencia, médico que fue de los virreyes del Perú. El autor dedicó la obra a la Sacratísima Virgen de los Reyes y se firmaba como el “Licenciado Enrique Vaca de Alfaro, médico familiar del Santo Oficio de la ciudad de Córdoba y estante en Sevilla”.

⁶ HERNÁNDEZ MOREJÓN, A.: *Op.cit.*, vol. VI.

Según el cirujano Pedro Gago de Vadillo en su obra *Luz de la Verdadera Cirugía*, la obra de Vaca de Alfaro se hizo merecedora de grandes elogios y afirmaba que también había sido impresa en Lima. Así pues el libro del cirujano cordobés vemos que alcanzó gran fama en el mundo de la medicina de la época.

Por mandado de don Gonzalo del Campo, vicario general del Arzobispado de Sevilla, el doctor Andrés Hurtado de Tapia aprobó la edición de dicho tratado con fecha 20 de febrero de 1618, exaltando la obra como un compendio de “vivas luces de razones que infundía un nuevo espíritu a la experiencia”.

El doctor Luna Vega, decano de la Facultad de Medicina de Sevilla, con fecha 22 de marzo de 1618, también aprobaba el libro porque entre otras ofrecía: “(...) doctas razones, culto en el estilo y verdadero en las citas (...)”.

En la misma línea el doctor Iván Negrete, médico de la infanta Margarita de Austria, daba su aprobación en Madrid el 19 de julio del mismo año.

También el licenciado Andosilla Larramendi, cirujano de Su Majestad, expresaba su aprobación dos meses más tarde, el 22 de agosto.

Finalmente el rey Felipe III daba licencia para su aprobación en San Lorenzo del Escorial el 8 de septiembre de 1618.

Por último el libro fue tasado por el Consejo Real a 4 maravedís cada pliego, en Madrid el día 9 de octubre del citado año⁷.

A pesar de todos estos elogios, pero con la perspectiva de casi tres siglos, la opinión crítica de Menéndez Pelayo era que dicho libro no supuso gran novedad⁸.

El principal objetivo de Vaca de Alfaro en su obra fue demostrar que en las heridas y fracturas del cráneo se debía preferir la llamada “vía seca” o particular a la vía común, es decir a la llamada “humec-tante” de los emplastos y ungüentos. En aquel momento existía en el entorno de la medicina española serios y acalorados enfrentamientos sobre este tema, que dividía a los médicos en dos tendencias: los que seguían el método común encabezados por el cirujano Juan Fragoso y

⁷ Dicha publicación, incluidos los expedientes anejos, forma un volumen de 298 folios. Se encuentra en el Real Colegio de Cirugía de San Carlos. Universidad Complutense. Un análisis minucioso de dicho tratado nos ofrece en su obra ya citada GARCÍA FERNÁNDEZ, PABLO. *Vid.* Nota 1.

⁸ MENÉNDEZ PELAYO, M.: “Vaca de Alfaro, Enrique”, en *Biblioteca de Traductores. Obras Completas*, t. IV.

el nuevo método propuesto por el doctor Bartolomé Hidalgo de Agüero, que era seguido por otros notables cirujanos como Luis de Lemos y Andrés Alcázar. Vaca de Alfaro en su tratado partía de la tesis de que ambos galenos abusaban de su método, y aunque él se mostraba partidario del método de Agüero, comprendía que había casos en que no se podía aplicar de un modo riguroso.

Ya en la introducción se quejaba de que muchos médicos desdénasen ejercer la cirugía, dejándola abandonada a los llamados cirujanos “romancistas”, es decir a los que no sabían latín, o lo que es igual que no habían cursado la carrera médica. Propugnaba que el médico fuese dueño de la cirugía teórica, pero también de la cirugía operativa, distinta de la simple operación, pues se quejaba del descuido de muchos médicos al estudio de la ciencia, que era causa de muchas muertes.

Así pues, el objetivo principal de su obra fue recopilar todos los estudios realizados hasta el momento sobre la cuestión y después de un análisis crítico establecer un nuevo estudio que sirviera de base a los futuros médicos.

Su obra la divide en dos libros: en el primero, de 31 capítulos, se centraba en examinar los argumentos de los autores partidarios del método común, contestando a cada uno y sentando su opinión particular. No obstante alababa a los que propugnaban ambas teorías, pues “se dirigían a un fin tan loable como la salud humana”.



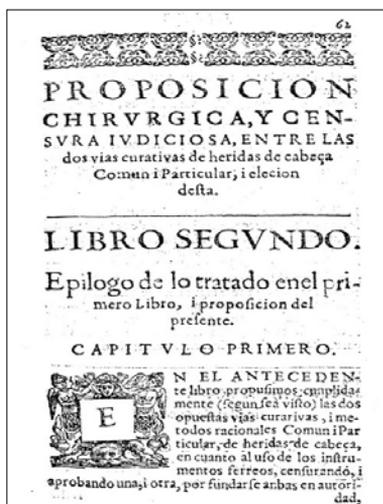
Título del libro I.

Del método común fueron partidarios casi todos los grandes médicos a lo largo de la historia, incluso antes de Hipócrates. Tal método utilizaba unguentos y emplastos húmedos a base de una mezcla de vino, agua de bálsamo y clara de huevo, además de aplicar purgantes. Pero sobre todo hacían uso del fuego y material de hierro para cauterizar.

El método moderno o particular, del que era partidario Vaca de Alfaro, aunque con menos raíces históricas, señalaba que con su práctica de felices resultados cada día se adherían a él numerosos y doctos cirujanos españoles, desterrando así el uso del antiguo método, ya que, según su opinión, era más seguro y suave. El principal defensor fue el doctor Agüero, que rechazaba el uso de instrumentos para taladrar, causantes de dolor, hemorragias e inconsciencia y frecuentes muertes. Por la misma razón estaba en contra de medicinas húmedas. Anteponía remedios defecantes como los enemas. Utilizaba el llamado “aceite de Aparicio”, mezcla de aceite añejo, vino blanco e incienso. Pero sobre todo los medios tópicos y secos formados por harina de yeros y polvo de incienso. Con ello no había necesidad de abrir la cabeza del enfermo.

Al final da recomendaciones sobre la estancia del enfermo en habitaciones ventiladas y con comidas sanas a base de pescados⁹.

Según su propia experiencia el doctor Agüero afirmaba que tal método obtuvo muchas curaciones en el Hospital del Cardenal en Sevilla, donde él ejercía.

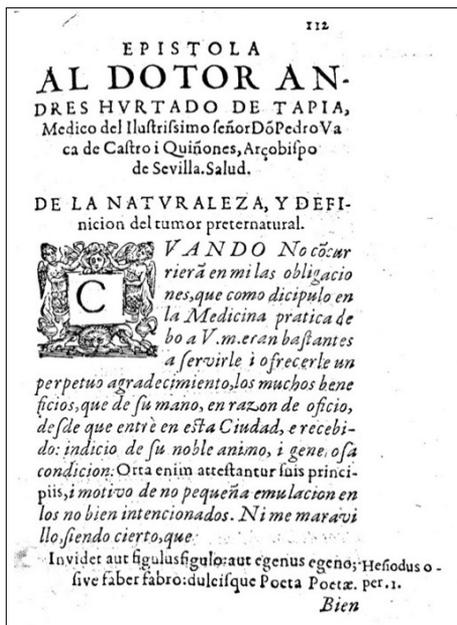


Título del libro II.

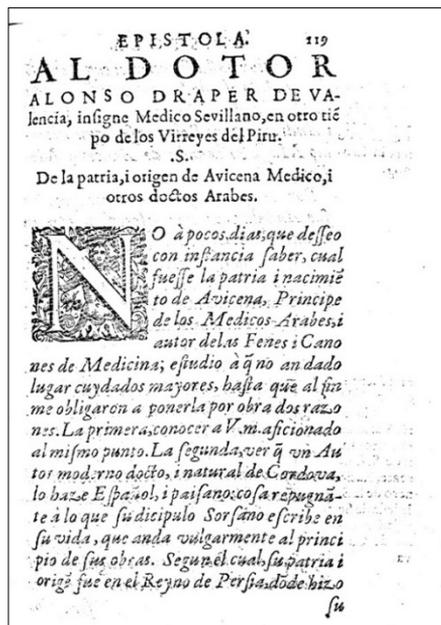
⁹ VACA de ALFARO, E.: *Op. cit.*, fols. num. 9 y ss.

En el libro segundo hacía un resumen de las ideas emitidas en el primero confirmando su veracidad, incluyendo algunos casos prácticos. Él mismo expresaba que el objetivo de su obra era que “sea camino para que de hoy en adelante no dude el médico operante, tenga puerto determinado donde conducirse, y el triste doliente halle piloto salvo que le dirija al de la salud”.

Al final de su obra incluye dos epístolas: la dedicada a su maestro de prácticas, el doctor Hurtado de Tapia, en la que se ocupa de la naturaleza del tumor preternatural o apostema que producía destemplanza y dolor. Y la segunda dirigida al doctor Draper, insigne médico que ejercía en Sevilla, se centraba en el estudio del médico Avicena y otros médicos árabes. En ella demostraba que existieron dos Avicenas. El de todos conocido, nacido en Persia, y otro natural de Córdoba que fue discípulo de Averroes. Sustentaba su tesis en varios argumentos: por el lugar de su nacimiento, por vivir el primero un siglo antes que el cordobés, por sus zonas de influencia y sobre todo por sus distintas muertes, pues el primero murió de disentería y el cordobés por ser envenenado¹⁰.



Inicio de la primera Epístola.



Comienzo de la segunda Epístola.

¹⁰ *Ibid.*: Fols. nums. 112 y ss.

Aunque dicha hipótesis, a juicio del siempre crítico Menéndez y Pelayo, no hizo fortuna¹¹.

El libro, de 298 folios, incluía un índice alfabético con los términos en él empleados.

Ya hemos expuesto que tal libro fue objeto de numerosas alabanzas en el mundo de la medicina, incluso en el ámbito literario en el que Vaca de Alfaro también se movía. Así varios poetas amigos como Pedro de Cárdenas y Angulo y Antonio Paredes le dedicaron composiciones poéticas de elogio. Destacamos el soneto de este último:

Las yerbas de Esculapio reducidas
a hojas, muestras tan piadosamente
que desterrando el hierro impertinente
ignoran el rigor graves heridas.
El tajo de tu pluma dio a las vidas
docta seguridad, porque consiente
nunca acero a sus puntos, que al valiente
ingenio, no acobardan homicidas.
Venere, pues, teórica fundada
el ignorante crudo, que su acero
sin especulación ha practicado.
Envaine el vengativo ya la espada
que esta ciencia tu menos austero
émulo eres del sangriento hado.

Pero sobre todo hemos de destacar el poema de Luis de Góngora, coetáneo y amigo de nuestro médico, aunque pertenecientes ambos a generaciones distintas, pues cuando Vaca de Alfaro publicó su libro no había cumplido los 30 años, en cambio la edad de don Luis se acercaba a los sesenta cuando le dedicó esta bella décima:

Vences en talento Cano
a tu edad, a tu experiencia
así con tu sabia ciencia
como con tu diestra mano.
O Enrique, o del soberano
Febo imitador prudente,
ciña tu gloriosa frente
su verde honor, pues es dina,

¹¹ MENÉNDEZ Y PELAYO, M.: *Op. cit.*

ya por el arte divina,
ya por la pluma elocuente¹².

Por su homónimo nieto, también cirujano, gran humanista y autor de varios tratados de medicina y obras literarias, conocemos que publicó otro estudio titulado *Tratado de Elementos*, obra hoy desaparecida, ya que la incluye en su conocido estudio sobre la vida de distintas personalidades ilustres cordobesas¹³.

El poeta Enrique Vaca de Alfaro

Como ya se ha expuesto, el médico licenciado Enrique Vaca de Alfaro fue un gran cultivador de la poesía. Nos ha dejado numerosos poemas, la mayoría de ellos compuestos para celebrar o conmemorar acontecimientos de diversa índole, circunstancia que aprovechaba para cultivar su vena poética.

El 3 de octubre de 1611 se produjo el fallecimiento de la reina Margarita de Austria, esposa de Felipe III. Por este motivo en la Catedral de Córdoba se oficiaron solemnes honras fúnebres en su honor. Se levantó un túmulo y en él se colocaron grandes cartelas con distintos poemas dedicados a la difunta reina. Intervinieron numerosos poetas como Antonio Paredes, Pedro de Cárdenas y Antonio de las Infantas, destacando sobre todos Luis de Góngora¹⁴.

También participó Enrique Vaca de Alfaro componiendo para tal acontecimiento dos sonetos y una décima. Uno de los sonetos lamentaba la muerte de este modo:

Destroza tierra flor, villano arado
que en olores, tributo al alba ofrece;
y bárbara segur la que guarnece
yedra gentil adorno a el olmo y prado.
Lucharon con el muro levantado
los largos días, vencen, embejeze
y flaca piedra abate y escurece
tu nombre Goliat de orgullo armado.

¹² Los dos poemas los incluye GARCÍA FERNÁNDEZ, P. en *op. cit.*, p.41.

¹³ VACA de ALFARO, E.: *Apuntes para escribir las vidas de los varones ilustres de Córdoba*. Biblioteca Colombina, sección Varios, t. 87.

¹⁴ VALDENEBRO Y CISNEROS, J.M.: *La Imprenta en Córdoba*, pp. 54-55.

Mas, o muerte que en solo un golpe heriste
más que segur, arado, tiempo y piedra
en yedra hizo, en flor muro y gigante
de España y Austria el lustre escureciste.
Flor de virtud, del gran Philipe yedra,
gigante y muro de la fe constante.

Y en la décima expresaba así el luctuoso suceso:

Yace en esta ilustre pyra
cuyos claros resplandores
humos y olores
cuya Magestad admira
de un Águila real que mira
del solo los rayos sin velo.
La pluma que por consuelo
Nos dexa en marmórea cama
conque a de escribir la Fama
su nombre eterno en el suelo.

El conjunto de todos los poemas fue posteriormente impreso en 1612 en la imprenta cordobesa de la viuda de Andrés Barrera¹⁵.

En 1614 se celebraron en Córdoba grandes fiestas con motivo de la beatificación de Teresa de Jesús por el papa Paulo V. Dentro de ellas se realizó un certamen poético cuyos poemas fueron publicados por el licenciado Juan Páez de Valenzuela y editados también en la misma imprenta cordobesa. Nuestro médico compuso para este evento tres extensos poemas. El primero de ellos estuvo dedicado al monarca Felipe III, agradeciéndole la solicitud de su beatificación.

El otro poema iba dirigido a S.S. Paulo V por haber concedido la beatificación, además de expresar la alegría con que España acogió la feliz noticia. Dicha composición fue galardonada con un segundo premio muy peculiar que consistía en unas medias negras de seda. El jurado constituido a tal efecto justificaba así su decisión: “(...) Díeronle ya no cuanto desearon, quanto se ofrecía que fueron unas medias negras de seda inferiores aun en sus puntos con ser delgados a los que trató en sus versos por ingeniosos y sutiles”.

Y el tercer poema se trataba de una canción dedicada a exaltar a la orden de las Carmelitas Descalzas. En realidad iba dirigido concreta-

¹⁵ GARCÍA FERNÁNDEZ, P.: *Op. cit.* pp.28-29.

mente a alabar y defender la reforma que la futura santa había instituido, enalteciendo sus ansias de perfección a través de la oración y sacrificios.



Poemario en honor de la beatificación de Santa Teresa.

Debido a la citada extensión de los tres poemas solo transcribimos algunas estrofas de este último:

En carro ardiente de brillante fuego
emulo en esplendores
al que ya Phaeton mal conducido
negras dejó de incendio lastimoso
señas, al siempre ya tostado suelo:
con intrépido vuelo
el aire penetraba luminoso
el de Dios elegido
a ministerios altos a mayores
esperanzas profeta(que en sosiego)
antes del final día ser espera
nuncio canoro, trompa pregonera.
De agregación primera, este observante
ilustre anacoreta,
santo legislador, anciano Elías
de amor, de caridad más encendido
que la carroza voladora ardiente;
a pesar de el luciente
muro fogoso, arroja el que vestido
prolijo le honró días
a el de doblado espíritu Profeta.

Manto, que el río dividió espumante
de aquellos que el Carmelo fue su asiento
tosco burriel curioso, no ornamento.
Este bosque eminente, éste en la tierra
sí Impíreo no glorioso,
fértil de lisonjeras plantas Paraíso
solar fue noble, fue primera
después a Reina Virgen consagrada.
Aquí la siempre armada
contra apetitos, áspera guerrera (...) ¹⁶.

Todos los años se celebraban en Córdoba justas poéticas en honor de la Pura Concepción de la Virgen María.

Ya desde la Edad Media, desde que el franciscano escocés Duns Scoto propuso como piadosa opinión el tema de la Inmaculada, se venían produciendo enfrentamientos teológicos sobre dicha cuestión.

Pero fue en la centuria del seiscientos cuando entre los defensores y detractores del inmaculismo adquirió gran virulencia. Especialmente entre los frailes franciscanos, defensores del inmaculismo, a los que se unieron también los jesuitas, frente a los dominicos que lo negaban.

Sin embargo estas disputas no se limitaron al campo especialista de los teólogos, sino que se hizo protagonista el pueblo, fiel defensor de la pureza de María, exteriorizando sus sentimientos a través de manifestaciones callejeras, sobre todo desde que los predicadores dominicos en sus púlpitos afirmaban lo contrario. Especialmente en Córdoba fue el conocido sermón del dominico fray Cristóbal de Torres pronunciado en la Catedral el 8 de diciembre de 1614 contra la inmunidad de la original culpa, el que originó un gran escándalo, que tanto el obispo como el cabildo propusieron castigar al fraile.

Y es que en Córdoba, ya desde el siglo IV existía un culto establecido a la Inmaculada, continuando en la Edad Media, sobre todo a partir de la reconquista de la ciudad por Fernando III el Santo que erigió el primer santuario inmaculista dedicado a la Virgen de Linares ¹⁷.

¹⁶ El ejemplar original se encuentra en la Biblioteca Nacional. También fue estudiado por GARCÍA FERNÁNDEZ, P., en B.R.A.C., pp. 29-34. Y por RAMÍREZ DE ARELLANO, R.: *Op.cit.*, p. 673.

¹⁷ Este tema ha sido tratado en profundidad en numerosos estudios por FERNÁNDEZ DUEÑAS, Á. Citaremos solo los más recientes: *Córdoba Inmaculista y Exaltación Mariana*, ambos en prensa.

Fruto de este ambiente immaculista se fundó en Córdoba, en 1397, una capilla dedicada a la Inmaculada Concepción en la parroquia de Santo Domingo de Silos, perteneciente a la cofradía de los Escribanos Públicos¹⁸.



Parroquia de San Andrés de Córdoba, donde se celebró el certamen en honor de la Inmaculada.

Así pues no es de extrañar que los cordobeses reaccionaran ante tal sermón. Fue en este agitado ambiente cuando en 1617 se celebró una justa poética en la cordobesa parroquia de San Andrés. En ella se glosó la Concepción Inmaculada de María. En ella participó Enrique Vaca de Alfaro con un soneto, una poesía y un romance. La influencia de su amigo Luis de Góngora se puede observar en el último verso de su soneto, semejante al de otro poema compuesto por el insigne poeta cordobés. Tal soneto alababa así a la Virgen Inmaculada:

¹⁸ También este tema ha sido estudiado repetidamente por VÁZQUEZ LESMES, R.: *Vid. "El Inmaculismo en la Córdoba del XVII"*. Revista *Alto Guadalquivir*, Córdoba, 1988, pp. 20-22.

Deidad suprema no, suprema hechura
fuiste, de la que en ti infinitas cuenta.
Gracias, oh Virgen de la culpa esenta
que contrajo en Adán toda criatura.
Luminosa del Cielo hermosura
diadema rica en tu cabeza ostenta;
coturno bello, quien la noche argenta;
y quien los orbes dora, vestidura.
Si mando pues coturnos y corona,
con uno y otro son, farol luciente
breves del Cielo, Margaritas bellas,
afectos nunca humanos, tu persona
vistan, calcen tus pies, calcen tu frente
Virgen Pura si el Sol, Luna y Estrellas.

Los otros dos poemas fueron alabanzas a la Virgen María, aunque en el extenso romance expresa un carácter jocosos y una sutil crítica a los detractores. Sirvan de ejemplo estas dos estrofas:

Honrosa, pues desterrar
quiere con tanto fervor
cierta fama que divulga
tuvo no sé que girón.

Solo murmuran de veras
uno a uno, y dos a dos
los pitanceros poetas
Brodista Congregación.

Dicha fiesta fue muy celebrada por testigos oculares. Uno de ellos la calificaba así: "(...) Pues además del ornato del templo y la solemnidad de los oficios se mostró el espíritu de las canciones divinas, tanto por el asunto como por los versos que dulcemente regalan, descubriendo la erudición no menos de su dueño que la devoción con que anualmente nos convoca (...)”¹⁹.

Todas las poesías premiadas en este certamen las mandó imprimir Vaca de Alfaro el mismo año de 1617 en la imprenta sevillana de Ramos Bejarano.

¹⁹ GARCÍA FERNÁNDEZ, P.: *Op. cit.*, pp. 35-40.

También nuestro médico y poeta estuvo relacionado con los artistas de la pintura, pues en el tratado *Arte de la Pintura* del pintor Pacheco, suegro de Velázquez, publicado en Sevilla en 1647, casi dos décadas después de la muerte del personaje objeto de nuestro estudio, se recogen un soneto dedicado al pintor sevillano y una silva en honor de los hermanos Juan y Humberto de Brujas, inventores de la pintura al óleo. Y también una traducción hecha por Vaca de Alfaro del epitafio de Van Eyck²⁰.

A pesar de que algunos atribuyeron un retrato realizado por el pintor sevillano al licenciado Vaca de Alfaro, en realidad se ha rechazado su identidad por ser el de un médico anónimo. Sí, en cambio, hemos podido localizar el de su nieto el doctor del mismo nombre, retrato perteneciente a una propiedad particular y atribuido a Valdés Leal, que pertenecía a su círculo intelectual.



Retrato del doctor Enrique Vaca de Alfaro, nieto del protagonista.

²⁰ *Ibid.*, pp. 44-45 y RAMÍREZ DE ARELLANO, R.: *Op. cit.*, p. 673.

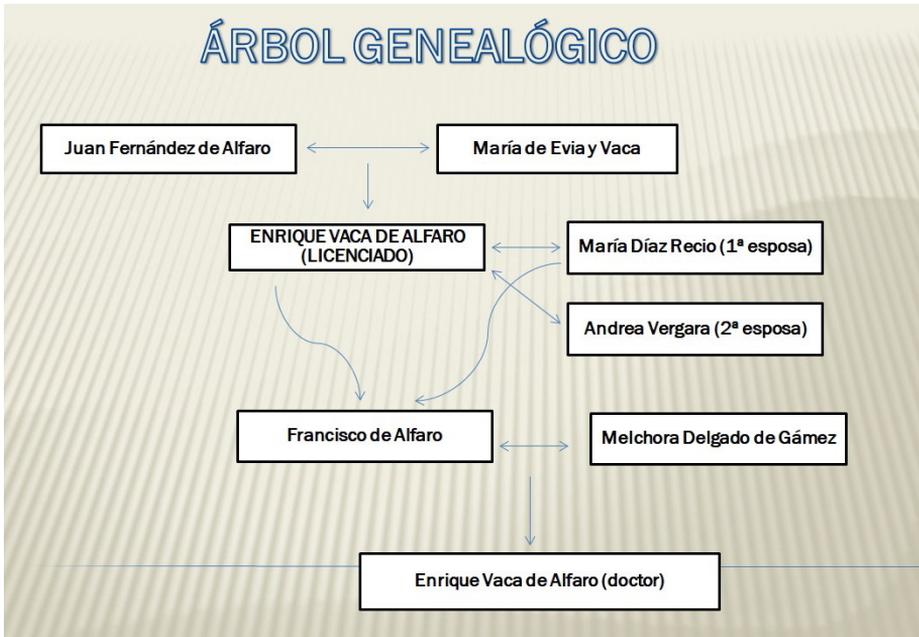
En resumen, el habernos acercado a la vida y obra de este cordobés, podemos considerarlo como un intelectual y erudito, tanto por su rai-gambre familiar como por el ambiente cultural donde se movió. Un auténtico humanista que dominó tanto la ciencia por su carrera de médico cirujano, como por su inspiración mostrada en el campo de la lírica a través del ejercicio de la poesía. En la práctica de su profesión se dedicó tanto al contacto directo con los enfermos, como a la investigación, estando al día de los limitados avances de la medicina del primer tercio del siglo XVII. Y estamos seguros de que su inspiración y sensibilidad expresadas en la composición poética se tradujo en humanidad y afecto en la actuación con sus pacientes. Aunque para el citado biógrafo García Fernández la poesía barroca no debía ser de su agrado, ya que a su juicio la poesía de Vaca no carecía de mérito, pues “se libró de la maléfica influencia del gusto que entonces dominaba”.



Plaza que el Ayuntamiento cordobés dedicó a los Vaca de Alfaro.

Dando término a este trabajo consideramos nada mejor que exponer la opinión de su homónimo nieto respecto de su abuelo, que no le llegó a conocer por la brevedad de su vida. Y aunque pueda llevar una carga afectiva, la consideramos bastante objetiva: “Tenía claro ingenio adornado de muchas noticias en todo género de letras en que fue muy

cursado, aun en mayor grado de lo que cabía en la corta carrera de su vida”²¹.



Pequeño árbol genealógico de los Vaca de Alfaro.

²¹ GARCÍA FERNÁNDEZ, P.: *Op. cit.*, p. 46.

Reconocer la capacidad, entrega y méritos de algunos de nuestros más destacados médicos, trazar su perfil biográfico y destacar los hitos más importantes que les acontecieron es tarea, en esta ocasión, de un buen ramillete de especialistas, académicos en su mayoría, que han puesto su pluma, cual amanuenses, al servicio de estos ilustres personajes de la historia de la medicina cordobesa.

En conjunto conforman más de una decena los facultativos que fueron objeto de tratamiento biográfico en las conferencias pronunciadas durante las III Jornadas del ciclo *Cordobeses de ayer y de hoy*, celebradas del 21 al 28 del mes de septiembre de 2018, y que hoy salen a la luz constituyendo el tercero de los volúmenes de la colección *Rafael Castejón*.

JOSÉ COSANO MOYANO
Director de la Real Academia de Córdoba

